



Scripta Ethnologica

ISSN: 1669-0990

caea@sinectis.com.ar

Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas
Argentina

Glockner, Julio
PEDIDORES DE LLUVIA DEL ALTIPLANO CENTRAL MEXICANO
Scripta Ethnologica, vol. XXI, 1999, pp. 133-140
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Buenos Aires, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=14818345008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

PEDIDORES DE LLUVIA DEL ALTIPLANO CENTRAL MEXICANO

Julio Glockner*

Summary: Magic-religious ceremonies with the purpose of propitiating rain and controlling the weather for the benefit of the crops are being practiced in some Mexico's Central Tablelands volcanoes. Specialists in the meteorological control perform these ceremonies; they are shamans that have received "a sign" from heaven. The ritual performance is supported by the specialist dreams. Dreams base ritual activities during the entire lives of the specialists. In this paper I focus on a comparison between different initiation forms of these "Weather Workers".

Introducción

Voy a referirme a la población campesina mestiza, de origen nahua, que habita en las estribaciones de dos inmensos macizos montañosos ubicados en el Altiplano Central de México: La Malinche o Matlalcueye, volcán extinto cuya altura es de 4.461 metros y la Sierra Nevada, formada por dos volcanes, el Iztaccíhuatl (5.230 metros) y el Popocatepetl (5.465 metros), el primero extinto y el segundo actualmente en actividad desde diciembre de 1994.

En ambas regiones se han realizado desde tiempos prehispánicos rituales propiciatorios de las lluvias con la finalidad de obtener una cosecha anual de maíz y de frijol. Los pisos ecológicos que las caracterizan, partiendo de fértiles valles ubicados a 2.200 metros, han permitido la utilización múltiple de sus recursos combinando la milpa, el huerto y el bosque para obtener productos destinados al autoconsumo, al trueque o al intercambio monetario en los mercados regionales.

Tradicionalmente se ha concebido a estos volcanes como proveedores de lluvia, así lo consignan los descubrimientos arqueológicos,

algunos códices y varios cronistas del siglo XVI. Este hecho es evidente para los agricultores, que año tras año presencian la formación de grandes conglomerados de nubes en sus cimas, sobre todo a partir del mes de mayo y hasta el mes de octubre. Lo que permite suponer que por esta razón se han erigido lugares sagrados a alturas que rebasan los 4 mil metros, adonde acuden los campesinos anualmente a entregar sus ofrendas, mientras rezan oraciones y cantan alabanzas del rito católico.

Ambas regiones se encuentran actualmente rodeadas de grandes ciudades como el Distrito Federal, Puebla, Tlaxcala y Cuautla, entre muchas otras, lo que ha propiciado un proceso cada vez más intenso de aculturación, que incluye también la migración a ciudades estadounidenses como Los Angeles, Chicago y Nueva York. Es por ello que no deja de ser sorprendente que continúe la práctica de ceremonias de tipo mágico-religioso, que en buena medida provienen de antiguos rituales mesoamericanos.

Los materiales que dan soporte a esta presentación fueron recabados en entrevistas abiertas, extensas y recurrentes con infor-

* Universidad Autónoma de Puebla (México)

mantes calificados a lo largo de varios años. El trabajo de campo incluyó además las técnicas de observación y observación participante.

La iniciación de los especialistas

Las caminatas rituales hacia los volcanes mencionados con el fin de ofrendarlos están actualmente encabezadas por especialistas en el manejo mágico del clima. Estas personas reciben diversos nombres según la zona en la que trabajan: se les llama *tiemperos*, *quiaclazques*, *cuitlamas*, *quiamperos*, *conjuradores* y *conocedores del tiempo* en Puebla; *graniceros*, *trabajadores temporales*, *ahuaques*, *aureros*, *ahuizotes*, en el estado de México; *quiapequis*, *misioneros del temporal*, *rayados*, *claclazques* en el estado de Morelos; *quiatlaz*, *teztlazquez* e hijos del rayo en Tlaxcala, sin que esta división excluya la coexistencia de términos en los distintos estados.¹

Una característica común a todos ellos es el desempeñar el papel de intermediarios entre los hombres y los seres sobrenaturales que habitan y gobiernan los fenómenos naturales, función que sólo pueden ejecutar por haber sido «endonados desde Arriba», es decir, por El Padre Eterno o Dios Padre. Esta distinción, que modifica sustancialmente sus vidas desde el momento en que deciden asumir el destino para el que han sido «exigidos», sólo es posible gracias al reconocimiento de la comunidad, si no de toda, al menos de aquella parte que, preservando la tradición, reconoce en ciertos signos y circunstancias la existencia de este don enviado desde el Cielo.

En la región de La Malinche, la tradición,

entendida como un vínculo con el pasado que preserva la relación sacra con la naturaleza, establece varias formas de iniciación como trabajador del tiempo, oficio exclusivamente masculino:

a) En primer lugar, aquellos que nacen con poderes inmanentes y tienen revelaciones oníricas al llegar a la madurez. En este caso, La Malinche se les aparece en sueños y les explica en detalle la naturaleza del conocimiento que van a adquirir y cómo practicarlo. La Malinche conduce al iniciado a su morada, una enorme cueva en el corazón de la montaña, para instruirlo en su oficio.

b) En segundo término están aquellos que desean aprender el oficio de *tiempero*, y al no haber tenido sueños con La Malinche buscan un *teztlazque* poderoso que les enseñe a conjurar el mal tiempo. Es el caso de don Luz Sánchez, un viejo *tiempero* de San Tadeo Huiloapan, fallecido recientemente a la edad de 85 años:

«Yo aprendí a conjurar de mi papá. El tenía mucha práctica y gracia para conjurar las nubes. Lo hacía con oraciones lindas y magníficas, venían en unos libros cristianos, ya viejecitos, los recibió de un tío que era cantor. Mi padre, aunque no sabía leer, conocía de memoria las oraciones... Siendo yo chamaco me decía: "...enseñate a conjurar las nubes, estudia las oraciones, no seas burro, para que mañana te defiendas y tengas el derecho de ser un hombre de estima". Cuando ayudaba a mi papá a conjurar, me tocaba prender el carbón en el brasero, encender la cera, poner el incienso en el sahumerio y sahumar los campos, para que con el aroma del incienso las tempestades se fueran a otro lado. Con el paso del tiempo, mi papá me empezó a decir: "Anda hijo, conjúrate aquella nube; conjúrate esa otra." Yo agarraba el

sahumador y echaba humo de incienso y agua bendita en forma de cruz en las milpas y por las veredas. Así empecé a tomar el camino para conjurar.»

c) En tercer lugar aquellos que han sido «exigidos» desde Arriba y un rayo cae en su propio cuerpo, o a una distancia lo suficientemente cercana como para que no quepa duda alguna de que estaba dirigido a ellos. El ser tocado por el rayo dota de poderes a la persona elegida desde El Cielo, quien posteriormente tendrá revelaciones oníricas. Quienes mueren en esta experiencia se transforman en ayudantes de La Malinche bajo el aspecto de serpientes con rostro humano, quienes sobreviven habrán de asumir su destino como trabajadores del temporal.

En la región de los volcanes Popocatepetl-Iztaccíhuatl, se dan también estas tres variantes, pero quienes desempeñan el cargo por voluntad propia, mediante un aprendizaje, invariablemente ocupan un lugar secundario, pues se considera que no han sido endonados y no mantienen el contacto indispensable con los seres sobrenaturales mediante el sueño. Pueden ser buenos acompañantes y hasta ayudantes en la ejecución del ritual, su buena voluntad y su fe son apreciadas, pero se les considera completamente incapaces de propiciar la lluvia y manejar mágicamente los elementos atmosféricos. Otra diferencia respecto a La Malinche es que, en algunos pueblos, también las mujeres desempeñan el cargo de trabajadoras del tiempo.

La relación que los tiemperos establecen con la naturaleza tiene un doble sentido: por una parte es una relación técnico-laboral, instrumentada por ciertas condiciones de procedimiento y conocimientos de tipo pragmático, de la cual obtienen lo necesario para el mantenimiento humano y natural; pero simul-

táneamente es una relación de tipo mítico-ritual en la cual devuelven ceremonialmente a la naturaleza algunos de los bienes que han obtenido de ella, este acto de gratitud, correspondencia y reciprocidad es al mismo tiempo un acto propiciatorio para poder continuar obteniendo de ella lo indispensable para vivir. Si se considera este último aspecto de la relación, es notorio que la naturaleza se revela como «adueñada», como habitada por una «sobrenaturaleza» imperceptible a los sentidos pero susceptible de manifestarse en ciertas circunstancias extraordinarias, como son los sueños, la caída de un rayo, la disciplina ascética, el consumo de hongos y plantas enteogénicas.

Esta última concepción no está fundamentada en una simple creencia, sino en una excepcional y privilegiada percepción; no la caracteriza la ambigüedad ni el titubeo de la duda especulativa, sino la certidumbre de lo que ha sido experimentado en carne propia, quiero decir, la relación con el llamado mundo sobrenatural es también una relación sensorial, aunque en otro estado de conciencia. En esa otredad de la conciencia, el sueño desempeña una notable función, por su accesibilidad, su frecuencia y la intensidad de su experiencia. Desde luego, no todos los sueños son considerados como significativos por los trabajadores del temporal.

Al sueño, dice Angel Cappelletti (1989), se le puede considerar como un modo de ser, porque implica una relación con el tiempo y el espacio, con la causalidad y la sustancia, muy distinta y hasta opuesta a la de la vigilia; como un modo de actuar, porque supone una ruptura o una discontinuidad con las normas éticas y jurídicas, y como un singular modo de conocer, pues los modos de ser y actuar que le son propios le otorgan, en

algunas culturas, facultades de adivinación o profecía.

La relación onírica con el mundo es determinante en la labor de los pedidosores de lluvia, pues es en los sueños donde reciben la evidencia de la dualidad aparential del mundo, dualidad propia de toda hierofanía (Eliade, 1972) y realidad sacra. A los ojos de los nativos un volcán es un volcán, pero simultáneamente es un anciano o una mujer, es Gregorio Popocatepetl o Rosita Iztaccíhuatl; a sus ojos un cerro es un cerro, pero también un depósito de nubes, lluvias y granos de maíz. La imagen onírica de carácter sagrado revela el Verdadero Ser del mundo, la realidad primordial escondida, por así decirlo, en la apariencia material que el mundo tiene a los ojos de cualquier persona todos los días. Pero el sueño es fundamental también porque al socializarse proporciona al imaginario colectivo las imágenes, los escenarios y las tramas indispensables para conservar y recrear los mitos.

Hace exactamente cien años, un etnólogo norteamericano escuchó entre la gente que habita en las faldas de La Malinche, testimonios de la belleza de la mujer-volcán: era una bella mujer que habitaba en una cueva de la montaña, tenía el cabello muy largo y suelto y enviaba la lluvia, el rocío, el granizo y la nieve. Los habitantes de la zona le ofrendaban diversos objetos, como peines y listones para adornar su pelo. Subían a depositarlos en las partes más altas de la montaña, la cual, creían, estaba atravesada por enormes galerías donde se conservaban centenares de ollas en las que La Malinche preparaba el granizo y la lluvia (Robichaux, 1997).² Cien años después se sigue hablando de una mujer corpulenta, «con hartos de pelo», que ocasionalmente conduce a las

personas que encuentra en las laderas del volcán hacia el interior de la montaña, donde los visitantes pueden ver, hundidos en el asombro, a los hombres-víbora que la ayudan y, a veces, a ella misma convertida en serpiente.

El simbolismo de la serpiente -como advierte Mircea Eliade (1972)- es de una polivalencia turbadora, pero todos los símbolos convergen hacia una misma idea central: es inmortal y se regenera, por lo tanto, dice Eliade, es una «fuerza» de la luna y, como tal, distribuye la fecundidad. El complejo mujer-serpiente-montaña-que-hace-llover no puede ser más elocuente al evocar los potenciales benéficos que contiene para los hombres que sepan desencadenarlos.

«Un tiempero -decía don Luz Sánchez- es una persona que trabaja con el tiempo; conjura los granizos para evitar que dañen los campos. Para ser tiempero se requiere primero, tener buena fe, después aprender las oraciones; asimismo se necesita valor, resignación y coraje contra la nube. Por eso yo creo que no cualquier gente puede ser tiempero, uno es designado por Dios.» (Hernández, en prensa).

El trabajador del tiempo debe saber combatir los vientos perjudiciales, las heladas, las trombas, conocidas como mangas o culebras de agua, los períodos prolongados de sequía y las tormentas. Debe saber también pedir las lluvias y saber reconocer los signos que anuncian su llegada oportuna o retrasada, su intensidad y sus posibles efectos.

Todo este acontecer meteorológico está profundamente impregnado de una carga ético-religiosa. El combate de los tiemperos contra el mal temporal es concebido como una lucha perpetua contra las fuerzas del Mal y, desde luego, contra sus emisarios aquí en

la tierra. Un buen conjurador se considera a sí mismo como alguien señalado por Dios para trabajar con el bien y procurar el bienestar de sus semejantes, que comprenden, según el imaginario geográfico del tiempo, a la gente de su propia comunidad, de su región o «del mundo entero». Esta última idea es inducida por los noticieros de televisión, donde aparecen imágenes de desastres naturales tanto en el continente americano como en Europa o Asia. Ello sin que los tiempers tengan noción alguna de las distancias o la ubicación geográfica de los lugares devastados por huracanes, tormentas, temblores o sequías.

Es usual en los pueblos de Tlaxcala, al pie de la Malinche, que los particulares contraten los servicios de un tiempo para que proteja sus terrenos. Cuando don Luz era joven, pero ya adiestrado por su padre en el oficio de conjurar, fue contratado por dos personas para que cuidara sus terrenos por un par de años en un pueblo vecino, donde debía enfrentar a los que él llama «tiempers malos». Estas son sus palabras:

«Conjuraba en el mero centro de la población, los de San Simón me ayudaban echando cohetones y haciendo rogaciones... la primera vez me pusieron a prueba con unos tiempers malos. ¡Ya me andaban ganando!, me metieron un granizal. Empezó con una nube chiquita, ¡pero cómo tronaba! Entonces es que agarro mi machete, con él le pegaba a la nube del lado del huracán. Recé el Padre Nuestro y otras oraciones lindas, así corretié la tempestad, fue a caer por San Pablo. Otra vez allí mismo en San Simón, los tiempers diabólicos me echaron como catorce víboras de agua, una de ellas empezó como una nube chica... pero creció no más de arriba, parecía huevo de toro, iba y venía

el remolino, sonaba como una carreta, se paró sobre el pueblo, pero no cayó porque la conjuré. Las personas que vieron, me dijeron: “¡Te la sacaste muchacho!”. También dijeron: “Ya no te vayas, cástate aquí y te quedas de dueño”, pero como era yo chamaco de diez y seis años no hice caso... Los tiempers malos son hermanos del Rayo y compañeros del Granizo. Citan a los Siervos del Mal y les piden tempestades para que vengan a molestar los campos.»

El caso más sobresaliente sobre el conflicto entre las fuerzas del bien y el mal que he encontrado, sucedió en el estado de Morelos, en las faldas meridionales del Popocatepetl, en una congregación de tiempers denominada Misioneros del Temporal. La disputa con otras congregaciones de la misma zona es un hecho común y se debe a las diferencias que existen en la interpretación simbólica de diversos elementos que intervienen en el ritual. Tal es el caso del uso de flores amarillas y rojas para adornar las cruces de los lugares sagrados, que según los Misioneros propician las enfermedades y la sequía, y el del empleo de listones de colores que representan el arco iris y que, según los Misioneros, ahuyenta las lluvias.

Esta congregación, formada por una docena de personas iniciadas a través del sueño o del rayo, ha establecido un auténtico combate onírico y ritual con los miembros de otras tres congregaciones que visitan los mismos lugares sagrados pero que, afirman los Misioneros, lo hacen por intereses puramente personales, pues cobran fuertes cantidades por poner sus conocimientos al servicio de los acaparadores de maíz, que pagan para que las tierras de temporal no produzcan lo suficiente y puedan ellos enriquecerse vendiendo el grano almacenado. Los ene-

migos de los Misioneros son vistos en sueños bajo la forma de animales como toros, serpientes, leones, o también con su fisonomía humana. También en sueños los tiemperos reciben «avisos» de sus mensajeros, acerca de cuáles son los lugares sagrados que han sido objeto de maleficios. Los daños consisten en amarrar las cruces con alambres, o tirarlas «boca abajo», o ensuciar el agua que los especialistas depositan al pie de la cruz principal, enterrada y cubierta por lajas de piedra, y que debe permanecer limpia, pues de ella beben los espíritus que trabajan con el temporal.

A los ojos de don Epifanio Alonso, el Mayor de la congregación de los Misioneros, el volcán Popocatepetl es el lugar sagrado por excelencia, un centro del mundo, donde se genera el buen y el mal tiempo, un lugar al que se acude para propiciar ritualmente el bienestar o la desventura de los pueblos, enviando buenas lluvias o desatando malos temporales que impidan el normal desarrollo de los cultivos. De acuerdo a este afamado trabajador del tiempo:

«Los avisos vienen de los que están arriba, de los ángeles, de las nubes que mueven los ángeles. No, se diera usted cuenta lo que está en el Cielo. ¡Diosito lindo, lo que trabaja en el Cielo, Dios mío! Todas las maravillas que Dios nos muestra en los sueños. Hay veces en los sueños que uno ve uno cosas que de veras no quisiera uno despertar. Ve uno cosas maravillosas, lo que es en la tierra no es nada, no, ahí se ven cosas muy sagradas. ¡Muy sagradas de veras! Ahí se ven todos los rayistas cómo trabajan, los relampaguistas, todos los ángeles de Dios. No más el volcán, no está pero ni una parte descubierto, está todo alrededor lleno de ángeles, todo, todo, todo. Si usted ahorita lo

ve así, como una cosa cualquiera, pero está, mire, una tras otro, uno tras otro de ángeles. No, de veras que es una cosa que uno no lo cree. Y lo que más le da a uno la fe, es cuando Dios le demuestra a uno. Va uno a pedir y Dios le concede a uno. ¡Híjole Dios mío! ¿Por qué es uno tan pecador? ¡Y tantas cosas que Dios nos demuestra!»

«También en sueños se trabaja sigue diciendo don Epifanio. Es que el primer lugar es el volcán: ese es como el palacio de gobierno federal. No es cualquiera, es lo federal, son oficinas que están ahí, pero en grande. Ahí son lo más sagrado, pues porque de ahí dependen nuestros alimentos, así es. Por eso si está mal allá, si descomponen allá, no entra tan fácil el agua, no entra, no entra, porque en el Cielo también tiene sus direcciones y si en algún lugar sagrado está perturbado, no entra, no trabajan los espíritus de Arriba. Porque todas las nubes están por un Espíritu, todas, todas las nubes, o sea, son Espíritus de Arriba. Esos no son los que... bueno esteee, los que vinieron a la tierra, como nosotros. Pero también Dios nos pone a trabajar allá, pero los que andamos de veras en el temporal... sólo quien dedica toda su vida tiene oportunidad de trabajar allá Arriba.»

A los ojos de un tiempero, la lluvia y el viento no están desprovistos de intencionalidad. Así, una nube, quieta o en movimiento, es la expresión de una voluntad susceptible de ser inducida. Es en el ámbito onírico donde se devela la posibilidad de actuar, donde Dios juega con ellos a los dados y los hace copartícipes de la creación.

Conclusiones

La cultura del área de estudios muestra la síntesis cultural entre tradiciones prehispánicas y las aportadas por los españoles desde los días de la conquista, tal como se advierte en los rituales de los especialistas o trabajadores del tiempo. Estas ceremonias y representaciones aluden a prácticas y rituales de la liturgia cristiana, pero conservan a la vez una forma de iniciación que muestra su vinculación con el shamanismo. Esta institución no ha sido lo suficientemente estudiada en esta área de México y, en términos generales, puede afirmarse que los estudios sobre shamanismo prestan más atención a los aspectos curativos que a los relativos al manejo de los fenómenos naturales (Chaumeil, 1984; Eliade, 1960; Langdon, 1992; Lagarriga et al, 1995; Wilbert, 1987). Una excepción a lo dicho es la reciente publicación de Goloubinoff, Katz y Lammel (1997).

Entre los tiemperos el papel de la iniciación es crucial en virtud de que permite distinguir dos tipos de especialistas: aquéllos que han recibido el poder de los seres míticos o en forma innata y aquéllos que adquieren ese estatus por su propia voluntad. Mientras los primeros son reconocidos socialmente como seres poderosos capaces de interactuar con las figuras celestes y ocupan un lugar destacado en el ritual, a los segundos no se les reconoce la misma capacidad y su actuación en las celebraciones no pasa de roles secundarios.

La experiencia onírica es la vía de comunicación con las deidades y de acceso al ámbito celeste. El conocimiento que obtienen estos especialistas involucra lo sagrado, es decir a manifestaciones de poder, es por ende un conocimiento diferente al ordinario, pero compartido socialmente por el grupo.

La vigencia de esta tradición se debe a que

es consistente con el resto de las representaciones culturales de la población campesina, que desarrolla diversas estrategias adaptativas para mantener su patrimonio a pesar de la presión que ejerce la situación de contacto con la sociedad nacional.

Notas

1. Sobre el manejo de los fenómenos atmosféricos por estos especialistas puede verse Glockner, 1996 y 97 y Robichaux, 1997.
2. Robichaux (op. cit.) se refiere a la obra de Starr, Frederick: "Notes upon the Ethnography of Southern México". Reimpreso del Vol. VIII del Davenport Academy of Natural Sciences. (Davenport, Iowa). Putnam Memorial Publication.

Bibliografía

- Cappelletti, A.
1989 *Las teorías del sueño en la filosofía antigua*. México. F. C. E.
- Chaumeil, J. P.
1984 *Voir, Savoir, Pauvoir. Le chamanisme chez les Yagua du Nord-Est péruvien*. Paris. Editors de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.
- Eliade, M.
1960 *El chamansismo*. México. F. C. E.
1972 *Tratado de historia de las religiones*. México. ERA.

- Glockner, J.
 1997 *Los sueños del tiempo. Graniceros, cosmovisión y meteorología indígena en Mesoamérica*. Johanna Broda y Beatriz Albores Editoras. México. UNAM-Colegio Mexiquense.
 1996 *Los volcanes sagrados, mitos y rituales en el Popocatepetl y la Iztaccíhuatl*. México. Grijalbo.
- Goloubinoff, M; E. Katz y A. Lammel
 1997 *Antropología del clima en el mundo hispanoamericano*. T. I y II. Quito. Abya-Yala.
- Hernández, F.
 En prensa Entrevista con don Luz Sánchez.
La conquista de las nubes.
 Compilador Julio Glockner.
- Lagarriaga, I, M. Perrin y J. Galinier
 1995 *Chamanismo Latinoamericano*. México. Plaza y Valdés.
- Langdon, J., J. Matteson y G. Bäer
 1961 *Portals of Power: Shamanism in South America*. Albuquerque. University of New Mexico.
- Robichaux, D.
 1997 Clima y continuidad de las creencias prehispánicas en la región de La Malinche (México). *Antropología del clima en el mundo hispanoamericano*. Tomo II. Quito. Abya-Yala. Mariana Goloubinoff, Esther Katz y Annamaria Lammel, editoras.
- Starr, F.
 1947 *Notes upon the Ethnography of Southern México*. Davenport Academy of Natural Sciences, VIII. Davenport. Putnam Memorial Publication.
- Wilbert, J.
 1987 *Tobacco and Shamanism in South America*. New Haven. Yale University Press.

Resumen

En algunos volcanes del Altiplano Central de México se practican ritos mágico-religiosos con el propósito de propiciar las lluvias y controlar el clima para beneficiar los cultivos. Estos ritos son ejecutados por especialistas en el control meteorológico que han recibido «una señal» del cielo. Estas personas desempeñarán su trabajo ritual atendiendo a las revelaciones oníricas que tendrán a lo largo de su vida. En el texto se comparan diversas formas de iniciación de estos Trabajadores del Temporal.